

- estribe en él mi descanso.
Aquesa mano me dad. (*De rodillas.*)
- PERETO. Levanta y toma los brazos,
que no es justo que á mis pies
esté un Cardenal postrado.
- SIXTO. Si como soy Cardenal
gozara del trono sacro
de san Pedro, ya os he dicho
que os besara arrodillado
esta venerable diestra.
Sepan los que me llamaron
villano, lo que me precie
de este sayal tosco y basto.
Montalto ha sido mi patria,
que aunque pobre, el nombre es alto;
un monte serán mis armas,
y mi apellido Montalto.
Montalto han de llamarse
mis parientes, comenzando
mi linaje en mí, que espero
que mi dicha ha de encumbrarlo.
Llegad, padre, y desde aquí
adoraréis el pie sacro
de su beatitud.
- PERETO. ¿Qué aguardan
mis regocijados años?
(*De rodillas.*) Santísimo Padre Pío,
cuya piedad ha mostrado
lo que la humildad estimas,
tus pies beatísimos beso.
- EL PAPA. Venerable viejo, alzáos,
que os debe Italia infinito
por el hijo que habéis dado
á la militante Iglesia,
de cuya prudencia aguardo
célebres y heroicos hechos.
Su aumento tomo á mi cargo,
y para que ponga casa
le doy siete mil ducados
de renta.
- PRÍNCIPE. Y yo le señalo
otros cinco mil de renta.
- EMBAJAD. Y yo y todo también en nombre
del Rey católico y sabio,
el gran monarca Filipino
el Segundo, le señalo
otros cinco mil de renta.
- SIXTO. Cielos, no merezco tanto.
- SABINA. Hermano, ¿no nos habláis?
- SIXTO. Con el alma y con los brazos,
por hermana y compañera
de mi estudio y mis trabajos.
César es ya vuestro esposo,
que el Príncipe de Fabriano
lo quiere así.
- PRÍNCIPE. Con tal dicha,
infinito es lo que gano.
- CÉSARO. Pues Marco Antonio Colona
la mano á Camila ha dado,
también con vuestra licencia.
- SIXTO. Hónrome con tal cuñado.
Traiganme, Sabina mía,
á vuestro hijo Alejandro
á Roma, porque se críe
en ella, y tenga Montalto
por apellido.
- PRÍNCIPE. Sea así;
y criese en vuestro palacio,
ilustrísimo señor,
vuestra virtud imitando.
- CHAMOSO. ¿No os acordáis de Chamoso
que vos dió un día su cuartago
con que venistes á Roma
más presto que por encanto?
Pues yo bien me acuerdo de él.
O pagalde, ó dadnos algo,
ó, pues ya sois Cardenal,
hacedme chichón.
- SIXTO. El pago
que os doy por tan buen socorro,
son de renta cien ducados
para vos y vuestros hijos.
- CHAMOSO. Saldrá el vientre de mal año.
Yo sé que habéis de ser Papa,
que cuando érades mochacho
de teta, todos los días
decíades: *teta, papa.*
- EL PAPA. Vamos, que quiero que Roma
vea lo que han alcanzado
las letras de un pastor pobre.
- SIXTO. Los que á sus padres honraron,
premia el cielo de esta suerte.
- CÉSARO. Si los sucesos extraños
quiere saber el curioso
de Sixto Quinto, en cuatro años
que gozó de la tñara
y sumo pontificado,
á la segunda comedia
le convido, que son tantos,
que no pueden reducirse
á tan corto y breve espacio.

COMEDIA FAMOSA

VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO

PERSONAS DELLA

OTÓN, caballero.

ROSELA, dama.

CÉSARO, letrado.

HONORATO, viejo.

GILOTE, villano.

CRISELIO, caballero.

CLEMENCIA, dama.

ALBERTO, soldado.

FULBIO, gramático.

AGUDO, criado.

OCTAVIA, dama.

GRIMALDO, viejo.

LISENO, caballero.

RAMÓN, alcaide.

CLAVELA, dama.

UN PAJE.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale Otón de estudiante, con el Arte de Antonio 2
en la mano.

¿Qué os hice yo, estrellas pías,
que tanto me perseguís?
¿Qué confusión infundís
en estas potencias mías?
En un año que ha que intento,
por dar á mis padres gusto,
estudiar, y el *Arte* ajusto
á mi torpe entendimiento;
por más que, á costa del sueño,
niego á la cama el tributo
y decorando sin fruto
soy más incapaz que un leño,
la primer conjugación
aún no he podido aprender,
ni el primer tiempo saber,
tarea de mi lición.
¿Por qué consientes, Apolo,
si las ciencias te dan nombre,
gastar tanto tiempo á un hombre
sin saber un tiempo solo?

Pues no bastan desengaños,
ni el hallar por experiencia
que el principio de la ciencia
apetece tiernos años,
más que mi madura edad,
para que á mi padre ablande
y que estudie no me mande
con tanta incapacidad,
cielos, más memoria os pido,
porque soy siquiera amante;
que el amor y el estudiante
se infaman con el olvido.
Amo á Rosela divina;
pensar en ella es mi gloria,
y si es para mi memoria
su imagen anacardina,
séalo, estudios, también,
para que en mí os autoricen,
que nunca se contradicen
saber bien y querer bien.
Ya es hora de dar lición;
presto el preceptor vendrá;
mas ¿qué le aprovechará
si en mí sus preceptos son
lo que en el yunque el martillo?
Ahora bien: decorar quiero
aqueste tiempo primero.

¹ Intervienen además: EL DUQUE DE MÁNTUA y ENRIQUE, Conde de Placencia.
² De Nebrija.

y pasar los dos juraron por su sabio parecer, en la justicia resuelto, que no admite corromper. Y después de haber revuelto todo el Derecho, á vencer vino el Duque; pero dió César tales razones y tan eficaz habló, que á pesar de discusiones á los dos apaciguó, con que la hermosa Clemencia, hija del Duque, se case con el conde de Placencia, hijo del Marqués, y pase la guerra á bodas y herencia. Vinieron los dos en esto, y á César aficionados, en el gobierno le ha puesto el Duque de sus estados; y el Marqués, que ve compuesto tan á su satisfacción pleito tan largo y reñido, en muestras de su afición de joyas le ha enriquecido, y una villa en posesión y mayorazgo le ha dado, premio de su mucha ciencia; y para vos ha alcanzado, siendo dama de Clemencia, esperanzas de un condado, con el esposo que os dé: ved lo que el estudio alcanza.

ROSELA. Pues de estado mejoré, voluntad, á la mudanza estatuas levantaré. Villano padre dió el ser al mío, que mejoró con el trato mercader: bieldos en varas trocó y el sembrar por el vender. Admití la voluntad que mostró tenerme Otón, ilustre en esta ciudad, creyendo de su afición interesar calidad á mi sangre con su amor, que aunque pobre, es caballero; pues dándome él su valor y yo en trueco mi dinero, lucieran los dos mejor. Pero, pues, la diligencia de mi hermano le sublima á tan noble preeminencia y, en fe de su mucha estima, he de privar con Clemencia, Otón mude de cuidado, que ya los cielos serenos de mi amor se han anublado; porque no pienso ser menos que esposa de un titulado.

AGUDO. A eso y más puede animarte César, del mundo espejo. (Vase.)

ESCENA IV

ROSELA. Sale OTÓN.

OTÓN. Rosela, por adorarte odiosos estudios dejo; que al natural cansa el arte. ¿Qué gramática mejor, qué más noble facultad, qué ciencia de más valor que la que halla en tu beldad mi correspondido amor? Estudie nominativos quien como yo no se asombre, y apliqueles adjetivos, como declinen tu nombre mis deseos siempre vivos. Conjuguen á *sum, es, fui*, sin mí los demás desde hoy, pues sólo, de él aprendí, mi bien, con el *sum*, que soy tuyo y no vivo sin ti. Si se enojare mi padre porque en su gusto no vengo, ya le cuadre ó no le cuadre, á tu amor por padre tengo y á tu hermosura por madre. Abre el amoroso labio, hónreme tu sí dichoso, no hagas á mí fe agravio, que más quiero ser tu esposo que, no siéndolo, ser sabio.

ROSELA. (Ap.) ¡Qué donoso impudentel! Otón, pobreza y valor no son dote competente, ni anda ya desnudo amor en la opinión de la gente. Si ya que eres ignorante, tuvieras hacienda, Otón, estimárate constante; que el tener es discreción y el oro se ha vuelto amante. El cielo á mi hermano ha dado tantas letras, que le ven por ellas entronizado, y siendo sabio, no es bien darle á un necio por cuñado. De tu ignorancia me pesa: César me ha prometido, por lo que en esto interesa, que no ha de ser mi marido quien no me llame condesa.

OTÓN. Respondes como mujer, pues en la hacienda reparas; hija al fin de mercader que mide su amor á varas en la tienda del tener.

¿Al interés amor llamas? Amor no es más que valor de la voluntad que infamas.

ROSELA. Pues tú ¿qué sabes de amor si aún no has llegado á *amo, amas?* Anda, vete á *sum, es, fui*.

OTÓN. Sí haré, que soy caballero, y seré siempre el que fui, y el ser villano y grosero de un terrón al que hay en ti. Yo, soy yo.

ROSELA. ¿Dasme lición?
OTÓN. Y tú, eres tú.

ROSELA. A conjugar te vas enseñando, Otón; mas tu amor no ha de llegar conmigo á conjugación, ni á ser amante tampoco, que más adelante pasa.

OTÓN. A no estimarte tan poco, villana...

ROSELA. ¿No hay quien de casa á palos me eche este loco?

ESCENA V

DICHOS y AGUDO.

AGUDO. Albricias, señora mía; tu padre y hermano están en casa, y á Mántua van. Por ellos el Duque envía y por tí, porque madama Clemencia te hace favor.

ROSELA. (A Otón.) ¿Es justo estimar tu amor cuando un príncipe me llama? Bien pudiera castigar tu ignorante desacato si á César y á Honorato cuenta de él quisiera dar; mas en fe de tu desprecio bástete, Otón, por agravio que él venga á ganar por sabio lo que tú pierdes por necio. Y pues de ti no hago caso, por lo que te falta de hombre, declina casos de un nombre, mientras en Mántua me caso, que *musa, musae*, te excusa, pues mientras te corresponde, me casarán con un conde y á ti, ignorante, con *musa*.

OTÓN. ¡Que esto sufro! ¡que esto escucho! ¡que esto causa el no saber!

ESCENA VI

Salen de camino, como letrado galán CÉSARO, y HONORATO, viejo.

HONORAT. ¡Hija!

CÉSARO. ¡Hermanal

ROSELA. Si el placer da la muerte cuando es mucho, no sé, hermano, cómo vivo. Si honró el laurel tu cabello, honre mis brazos tu cuello, en que el alma te apercibo. Ya sé cuán sabio te nombra la fama que te engrandece; que el Duque te favorece; y á mí, que estoy á tu sombra. Ya sé que él con el Marqués, por bastar á apaciguarnos, te hacen señor de vasallos y conde te harán después. Ya sé que entro en la privanza de madama, y que por tí

vienes levantando en mí hasta el cielo mi esperanza; que á mi padre da valor la vara, que en ti mejora, si de medir hasta agora, ya en ti de Gobernador. Sé que á tu sangre enriqueces, y aunque honrarte tanto escucho, sé, en fin, si te han dado mucho, que infinito más mereces.

CÉSARO. Yo sé, Rosela querida, lo que basta á ennoblecer mi linaje, sangre y ser. Preven luego tu partida, que te esperan dos carrozas.

ROSELA. ¿Dos?

HONOR. ¿Pues eso te ha espantado?

Yo espero verte en estado, si un año á tu hermano gozas, que te llame su mujer un Colona ó un Gonzaga.

ROSELA. ¡Ay, Padre! el cielo lo haga.

OTÓN. (Ap.) Saber y ensoberbecer todo es uno. La ambición de estos me ha causado risa.

CÉSARO. Yo, hermana, vengo de prisa.

ROSELA. Vamos.

CÉSARO. ¡Oh, señor Otón!

¿aquí está vuesa merced?

OTÓN. Con el contento y el gusto que en esta ocasión es justo.

CÉSARO. Todo es hacerme merced.

Ya estará bravo latino.

¿Cómo va de construir?

Versos sabrá ya medir;

no envidiará á Calepino.

ROSELA. ¡Y cómo! No hay quien le iguale.

Es en *sum, es, fui* la prima;

que tanto lo que es estima,

que del *sum, es, fui*, no sale.

CÉSARO. Hace bien, que es caballero.

Estudie, haga lo que manda su padre; que el tiempo ablanda el ingenio más grosero.

Sus treinta años poco más debe tener; muchacho es;

tiempo le queda después para aprender lo demás.

¿Azótale el preceptor?

OTÓN. Por la lición honra fuera;

mas si el verdugo los diera en cas de algún Labrador,

fuera afrenta conocida.

CÉSARO. ¿Tan presto se ha de picar?

OTÓN. Muchos suelen azotar porque dan mala medida.

Como mercader no fui no temo azotes por esto.

CÉSARO. Yo no me corrí tan presto, aunque lo diga por mí.

HONOR. ¡Vive Dios! hidalgo pobre...

CÉSARO. Basta, padre, que la ciencia

1 Así en el original: Hartzbusch corrigió acertadamente

de madama y que por mí vienes, levantando así

es madre de la prudencia.
Humos con su sangre cobre,
y advertid que entran acá
sus padres. Estudie, hermano,
que yo le daré la mano.
OTÓN. ¡Qué de callos que tendrá!

ESCENA VII

DICHOS, GRIMALDO, *viejo*, y OCTAVIA, *su esposa*.
GRIMALD. ¡Que el Arte arrojó en el suelo!
¿Hay atrevimiento igual?
OCTAVIA. Ir contra su natural
es contradecir al cielo.
Si el estudio á Otón repuna,
no le pidáis al acero
ni al plomo que sea ligero.
GRIMALD. No es para cosa ninguna.
¡Vive Dios! que ha de guardar
los ganados en la aldea.
OCTAVIA. No hará tal, que aunque no sea
capaz Otón de estudiar,
es vuestro hijo, y yo su madre,
y es bien que ande en traje noble.
GRIMALD. ¿Hijo mio un bruto, un roble?
¿yo de un mentecato padre?
OCTAVIA. ¿Qué sabéis vos la ventura
que Dios le tiene guardada?
GRIMALD. Quien ni por pluma ni espada,
Octavia, medrar procura,
¿qué puerta abierta hallará
para conseguir valor?
OCTAVIA. El nuevo gobernador
es el que presente está.
Vuestro enojo refrenad.
GRIMALD. Antes me corro de ver
que un hijo de un mercader
de tan baja calidad,
que ayer eran unos bueyes,
con una pajiza casa
todo su caudal, hoy pasa
desde el azada á las leyes:
¡Que por su estudio presume
ganar honrosos blasones
destripando ayer terrones,
y hoy laureando su pluma,
y que este bárbaro ultraje
mi sangre con su rudeza,
y cuando en César empieza,
acabe en él su linaje!
Quién se pudiera volver
sin ser visto, por no dalle
el parabién.
OCTAVIA. Llega á hablalle
que le habremos menester.
GRIMALD. Pues es ya gobernador
de nuestro Duque, es forzoso.
(Llega á César.)
Gocéis, César dichoso,
con otro cargo mayor
el fruto bien merecido
que premian en vos los cielos
de vuestro estudio y desvelos,
pues tan bien se os ha lucido.
CÉSARO. ¡Oh! Grimaldo, ¡oh, Octavia aquí!
Si me hubieráis menester

gustaré hacerlos placer.
GRIMALD. *(Ap.)* ¿Placer? ¡Que nos hable así
el nieto de un tosco arado!
HONOR. César es gobernador
de nuestro Duque y señor,
y un título le ha mandado.
Por la buena vecindad
que con vos tenido habemos,
ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera comodidad. *(Vase.)*
ROSELA. Y yo, si el Duque me casa
con un conde, cual codicio,
recibiré en mi servicio
á Otón, y honraré en mi casa. *(Vase.)*
CÉSARO. Y yo lo mismo os prometo.
Mas, pues tan ignorante es,
hacelde que sea cortés,
ya que no podéis discreto;
no le enseñe yo si alcanza
á dar de sí testimonio,
en vez del Arte de Antonio,
el de la buena crianza. *(Vase.)*

ESCENA VIII

GRIMALDO, OCTAVIA y OTÓN.

GRIMALD. ¡Que esto haya yo consentido
y caballero me llame!
¡Que de esta suerte un infame,
cielos, me haya respondido!
¡Un viejo sin calidad!
OCTAVIA. ¡Ah, fortuna, toda extremos!
GRIMALD. «Ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera comodidad»:
¡Por cuatro letras que sabe!
OCTAVIA. «Si me hubieráis menester
gustaré hacerlos placer»:
¡Arrogante, necio y grave!
GRIMALD. ¡Un rústico...! ¡Que esto pasa
y no pierda yo el juicio!
«Recibiré en mi servicio
á Otón y honraré en mi casa»;
y por última venganza,
infame, para afrontarte
me dicen que en vez del Arte
te enseñe buena crianza.
La del campo es la mejor:
un labrador estudiante
te infama, torpe, ignorante.
Desde hoy serás labrador,
que si á ser noble comienza,
quiero, pues que te envileces,
que por donde acaba empieces:
quizá así tendrás vergüenza.
¡Hola! *(Llama.)*
OCTAVIA. Grimaldo; señor,
sosegad y no hagáis caso
de quien caerá al mismo paso
que sube á buscar valor.
Si se os ha descomedido
el villano entronizado,
él, como tal, os ha hablado,
vos, como noble, sufrido.
¿Qué culpa vuestro hijo tiene
de lo que el otro os enoja?

¿Da la fortuna que escoja
ingenio á quien por él viene?
Dios no le quiere estudiante,
ni será justo que vos
queráis hacer más que Dios.
GRIMALD. Quitáosme, Octavia, delante,
que os haré...
OCTAVIA. ¿No soy su madre?
¿No es razón que á mi hijo acuda?
GRIMALD. Si sois, pero estoy en duda
si le habéis dado otro padre.
Desde hoy tiene de guardar
los bueyes.

ESCENA IX

DICHOS y GILOTE, *villano*.

GILOTE. ¡Válganos Dios!
¡qué vagar tienen los dos!
¿Hanmos hoy de despachar?
Mándenmos dar pan y queso,
y á cuenta de mi soldada
seis reales, que está preñada
mi Torilda y pierde el seso
de achaque... ¿De qué, dirá?
De dar al cura.
GRIMALD. Gilote,
quitate aqueso capote
y el sayo.
GILOTE. ¡Mas arre allá!
GRIMALD. Quita presto.
GILOTE. Mas ¿qué quiere,
que en meter leña me canse?
GRIMALD. Desnuda.
GILOTE. Desnudaránse,
que no son bestias; espere.
(Desnúdase.)
GRIMALD. Quitate aquesa sotana,
tú, y todo, idiota.
OTÓN. ¡Señor!
GRIMALD. Desde hoy has de ser pastor
con vida tosca y villana.
Quita y calla, ó ¡vive Dios!...
(Desnúdase Otón.)
GILOTE. Otro danzante tenemos.
Mas ¿si quiere que juguemos
á los batanes los dos?
OCTAVIA. No he de sufrir tal agravio,
aunque muriendo os resista.
Cada cual su traje vista:
tosco el tosco, sabio el sabio.
OTÓN. Señor, si el cielo permite
mostrárame siempre extraño...
GRIMALD. En el estudio de un año,
cuando el trabajo compite
con el más contrario clima,
no resiste la ignorancia,
porque en la perseverancia
la honra ha puesto su estima.
Vistete ese tosco sayo.
GILOTE. ¿Compréle yo para él?
Tres varas tién de buriel.
(Vistese Otón de pastor.)
GRIMALD. Aun un tordo, un papagayo,
una urraca, un cuervo, en fin,
estudia lo que no entiende,
y si le enseñan, aprende
á hablar romance ó latin:
con que afrentándote están,
pues saben lo que tú no.
GILOTE. Es verdad; también habló
la borrica de Balán.
Mas de eso ¿qué culpa tién
mi capote? ¡Aquí de Dios!
GRIMALD. Esa ropa es para vos.
GILOTE. ¿Gil de escolar? ¡Oh, qué bien!
OTÓN. *(Aparte.)* ¡Que esto mi padre permita!
Su respeto me acobarda.
OCTAVIA. La dicha que Dios te guarda,
tu obediencia solicita.
No en las letras solamente
consiste, Otón, ni se alcanza
nuestra bienaventuranza.
Ser dichoso el hombre intente:
poco te importa ser sabio,
si no fueres venturoso;
rinde el necio al ingenioso,
y aunque conoce su agravio,
el cobarde se asegura
con dicha, y vence al valiente;
no hay desdichado prudente;
siempre es necia la ventura.
Ya el saber mucho es odioso;
la ignorancia subió el precio
tanto, que importa ser necio
para ser uno dichoso.
Dete Dios, hijo, ventura;
que ella traerá lo demás.
GRIMALD. Si esas liciones le das,
¿más que aprenderlas procura?
Venite conmigo al aldea,
daréte en ella el estado
que tu estudio ha granjeado,
que no osaré que me vea
Padua, afrentado por ti
de la boca de un villano.
OTÓN. *(Aparte.)* ¿Posible es, tiempo tirano,
que me has de afrentar así?
Hijo tuyo soy, señor;
haz de mí cuanto quisieres.
GRIMALD. ¿Mi hijo? ¡Mientes! Tú eres
hijo de algún vil pastor.
OTÓN. Madre, adiós.
GRIMALD. ¿Tú, de mi casta?
Ven.
OTÓN. Obedecerte elijo.
OCTAVIA. Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta.
(Vanse y queda Gilote.)

ESCENA X

GILOTE.

Heme aquí á mí ensotonado.
¿Qué ha de decir si me ve
Torilda? Sí, que burlé
antojos de su preñado.
Mas no, que si hue ell el antojo
morder del pescuezo al cura,
porque viva la criatura
y á él no le crezca el ojo,
herme cura es agudezá;